

Capítulo X

Reglas sobre cada una de las partes del discurso parlamentario

Dos pensamientos debe proponerse el orador político, procurando después adornar su obra con las galas de la dicción. El primero revelar y sostener la verdad; el segundo defender los derechos de la humanidad y de la justicia, único objeto digno de la verdadera elocuencia. ¡Revelar y sostener la verdad! ... ¿Y quién podrá estar seguro siempre de haberla encontrado? Arquímedes la saludaba lleno de gozo delirante con las palabras: “*la hallé, la hallé*”, y nosotros deberíamos muchas veces buscarla con el mismo afán, en lugar de resignarnos perezosamente con el error a que en nuestro corazón levantamos altares. No podemos conocer lo que las cosas son en sí mismas; sólo penetramos lo que son respecto a nosotros, y todavía es esta relación dada, nuestros órganos nos engañan frecuentemente, y nuestros juicios sobre las primeras impresiones suelen ser falsos, aún acerca de los objetos que tenemos más a la vista. Nos parece que la bóveda que está sobre nuestras cabezas es un cuerpo sólido y no es más que el aire, el éter que nos envía un color azul. Creemos que esa atmósfera tiene una altura inmensa, y su elevación está calculada en solas catorce leguas. Creemos que el globo en que vivimos es sólido y compacto, y las teorías geológicas nos revelan que no pasa de veinte leguas el espesor de su corteza solidificada. Creemos que el sol se mueve de oriente a occidente, y es la tierra la que gira en opuesta dirección. Calculamos que ese sol es el más grande de los astros, y deben ser mucho mayores otros colocados a distancias inconmensurables, de los cuales tarda la luz en llegar a nosotros más de tres años. Hay soles falsos, hay lunas falsas, se ven en Egipto en las horas de calor mares aparentes que separan los pueblos, y a medida que el viajero se acerca desaparece el encanto, y queda la triste y desconsoladora realidad. ¡Imagen verdadera de la dicha que buscamos en la vida, y que no está nunca en el punto a que se dirige nuestra anhelante esperanza!

Y si tan expuestos estamos al error aún en las cosas materiales que directamente obran en nuestros sentidos, ¿qué será en las combinaciones que fabricamos sobre aquellos falibles elementos, qué será en las nociones e ideas abstractas sobre las cuales descansa el mecanismo de todo sistema? No diremos con Carneades que no hay verdad, relativa, ni daremos valor a

los argumentos con que aquel orador peligroso entretenía la expectación pública en su lucha con Crísipo: pero sí diremos que es casi siempre difícil encontrar la verdad, y no pocas veces peligroso revelarla a los que no quieren oírla. Sin embargo: éste es el primer deber del orador parlamentario, y que renuncie a serlo el que no tenga bastante valor para anunciar sus ideas con franca libertad y con indomable independencia.

Defender los derechos de la humanidad y de la justicia, hemos dicho que debe ser el segundo pensamiento del orador parlamentario. Ninguna empresa más noble y digna que ésta, porque nada hay tan elevado y consolador como servir a la causa de la civilización. Los pueblos no son por lo común obcecados y turbulentos, como los pintan los que dan el nombre de osadía y de inquietud a la queja dolorida y a la reclamación justa de los derechos que la naturaleza y la razón les conceden.

Su suerte es con frecuencia desgraciada. Aún en la misma Roma que tanto se nos pondera, no tuvo el pueblo por mucho tiempo otra consideración que la de pagar los tributos y la de ir a derramar su sangre en las batallas por un gobierno ambicioso que aspiraba a la dominación del mundo. Si después se le sometía a la acción de los tribunales, los jueces eran los mismos patricios, sus encarnizados e insolentes enemigos; y repetidamente se les castigaba, y se les castigaba con la dureza si había levantado su voz en el foro o en las asambleas populares. No fue mejor su suerte bajo los decemvros, y el atentado de Apio contra la hija del plebeyo Virginio dio ocasión a que la sangre de una honesta doncella librará de la tiranía a Roma, como antes le había librado la sangre de una casta esposa. En la monarquía como en el decemvirato, el pueblo fue oprimido sin piedad y explotado sin conmiseración.

En Grecia, maestra de la ciudad de Rómulo, se cazaba y asesinaba a los Ilotas para adiestrar a la juventud en estos ejercicios impíos, y era de fórmula el juramento de ser siempre hostiles al pueblo, y de no darle más que funestos consejos. Nosotros hemos alcanzado el tráfico de negros, y hoy mismo en los Estados Unidos, de formas republicanas y con la pretensión de ser el país más libre y civilizado del universo, se mira como un crimen darles instrucción como si la diferencia de color estableciera diversidades esenciales entre los hombres, y los redujera a la clase de bestias. Para oprimir a los pueblos se ha querido siempre que permanecieran en la ignorancia. Alejandro escribía a su maestro Aristóteles quejándose de que hubiese publicado sus libros, y le decía: ¿En qué seremos superiores al resto de los hombres, si las ciencias que me has enseñado llegan a ser conocidas de todos? Mucho más celebraríamos superarles en conocimientos elevados, que en poderío.

Pero el orador toma a su cargo ilustrar al pueblo revelándole su alta dignidad, y así es como por el camino de la verdad y de la instrucción le hace llegar a ser libre, porque un pueblo verdaderamente instruido no puede permanecer esclavo.

Conocido, pues, el punto a que el orador se dirige, vamos a empezar a trazarle el camino que debe seguir, y el modo de llamar el auxilio de la palabra, de la imaginación y del talento a favor de sus filantrópicas aspiraciones.

En los capítulos siguientes daremos reglas especiales sobre cada una de las partes de que consta el discurso parlamentario; en éste queremos limitarnos a marcar el fin principal que ha de proponerse en ellas el orador. En el exordio debe procurar esencialmente ser claro, sencillo y agradable. Huya, pues, en esta parte del discurso que prepara los ánimos, que cautiva la atención y que allana los caminos a las convicciones, de ser redundante, hinchado, confuso, y sobre todo áspero y rudo. Corina en la poesía arrancó el premio al famoso Píndaro, a pesar de que todavía se señala la excelencia de los versos con el nombre de Pindáricos, y esta diferencia y este triunfo se debía a que Píndaro era a las veces áspero y bronco, al paso que Corina daba a sus producciones una melodía y dulzura que halagaba al oído e interesaba al corazón. Lo mismo sucede en los discursos y particularmente en los exordios, que son la preparación y el cimiento para la grande obra que sobre ellos se debe levantar.

Hay ocasiones, sin embargo, en que el exordio en vez de dulce y armonioso, debe ser acalorado y vehemente, y es cuando están excitadas las pasiones por los discursos anteriores, cuando un peligro grande ha puesto en tensión los espíritus y dado energía a los afectos, cuando la impresión general es solemne y elevada. Así vemos que Cicerón en su oración contra Catilina, no empieza con calma ni busca palabras dulces y armoniosas, sino que rompiendo como las aguas comprimidas que destruyen el dique, se dirige al conspirador con este tremendo apóstrofe: “¿Hasta cuándo, Oh, Catilina, has de abusar de nuestra paciencia? ¿Por cuánto tiempo hemos de ser juguete de ese furor que te agita?”.

La proposición debe ser sumamente concisa, y la división metódica y lógica, de manera que se vea la afinidad, enlace y dependencia de todos sus miembros. Estas dos partes tienen por objeto simplificar y exponer en el modo más claro la materia del debate, y servirían mal a este fin si la complicarían u oscureciesen.

En las pruebas debe haber principalmente fuerza, y procurarse el mayor orden en su exposición, para que lejos de perder nada de su importancia, ganen por el ingenioso clímax con que se vayan enlazando y sucediendo.

En la parte patética no debe atenderse a otra regla que a la de dejar hablar a la pasión que mueve siempre los corazones de los que escuchan, cuando se ve nacer espontáneamente del asunto y de los afectos del orador. Consultar en estos momentos la corrección, es hacer languidecer el discurso en la parte que debe ser más viva e inflamada; es querer ganar una ventaja insignificante a expensas de la grandeza del pensamiento y de la palabra. Entonces el cuidado esmerado por la corrección produce debilidad; y siempre que esta funesta manía se generaliza y convierte en sistema, es el síntoma más positivo de la decadencia del arte. Cuando en medio de la vehemencia se quieren consultar todas las reglas y no se deja de la mano la escuadra y el compás, tiene que contraerse necesariamente esa timidez infecunda que corta las alas, y a lo más se consigue un género de belleza muerta que consiste en la falta de defectos, en una pulidez fría y monótona, enemiga de los movimientos enérgicos y de los magníficos trasportes. Habrá si se quiere finura y proporción en los detalles; pero no grandeza en el conjunto. Será la palabra el soplo suave de las auras que nos agrada y nos deleita, pero no será el huracán que nos levanta a pesar nuestro de la tierra o del polvo sobre que descansaban nuestros pies.

Cualquier orador produce esa impresión blanda y sonora, hija de una corrección afanosamente estudiada: pero pocos son los que logran dar a la palabra esa animación mágica e irresistible que nos conmueve, nos trastorna, y nos subleva hasta contra nuestra propia conciencia. Por eso sin duda dijo Quintiliano: “muchos hubieran ejecutado los ornamentos de Júpiter Olímpico mejor que Fidias: pero ¿y el alma? ¿Y la vida? Nadie”.

El epílogo y la conclusión deben ser la muestra del último esfuerzo, y en ellos, trayendo a la razón y al sentimiento a un solo punto, debe la pelea tomar el carácter de una lucha en que se ciñe el campo y se junta a los combatientes para que se lancen el golpe decisivo, o rompan en el encuentro sus armas. Es el símbolo del luchador que abraza a su adversario y le estrecha desesperadamente contra su pecho hasta hacer que se confiese vencido, o que exhale el último aliento.

Si al concluir el discurso el auditorio no se encuentra agobiado bajo el peso de la convicción que se ha producido en su alma y de la pasión que se ha producido en su alma y de la pasión que se le ha hecho sentir, debe quedar descontento de sí propio el orador, y seguro de que no ha llenado su fin ni sido dichoso en sus tentativas. Habrá hablado, habrá agradado más o menos con su arenga; pero no habrá hecho el milagro que en circunstancias dadas y en boca de ciertos oradores es concedido obrar a la palabra.